

**Reseña de Pablo DÍAZ MORLÁN (2015), *Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Marcial Pons Historia, Publicacions de la Universitat d'Alacant, 2015.**

Aurèlia MAÑÉ ESTRADA

Departament d'Història Econòmica, Institucions, Política y Economia Mundial (Universitat de Barcelona) & School of History (University of East Anglia)

[amianera@ub.edu](mailto:amianera@ub.edu)

Para citar este artículo: Aurelia Mañé Estrada (2017), Reseña de Pablo DÍAZ MORLÁN (2015), *Empresarios, militares y políticos. La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Marcial Pons Historia, Publicacions de la Universitat d'Alacant en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 22, 209-212.

A lo largo de este libro Pablo Díaz Morlán nos relata el gran *negocio* que fue la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR), la mayor empresa del protectorado de Marruecos. De hecho, el autor califica a la CEMR como *una fuente de rentas imparable* y sostiene que, para sus propietarios, embolsarse unos jugosísimos dividendos fue el único objetivo de su empresa. De hecho, este libro es la narración histórica y documentada de un “pelotazo” por expresarlo en términos vulgares, que dieron unos accionistas privados ilustres, parte de la clase oligárquica de la España de la Restauración como Enrique MacPherson, el Conde de Romanones o el Conde Güell, y a los que con los años se les sumaron otros, incluidos los consejeros representantes de la industria y la banca vasca, como Gabriel Ybarra Revilla y José M. Martínez Rivas. Accionistas que invirtieron en los inicios de su aventura empresarial diez millones de pesetas y, a lo largo de ella, obtuvieron unos dividendos valorados en 2.100 millones de las mismas. Después de ello, cuando en 1967, Marruecos nacionalizó la compañía, éstos habían exprimido de tal modo que el yacimiento del mineral de hierro de Uixan se había agotado y nada permaneció de tan magnífica aventura colonial.

El libro ilustra esta oquedad con un epílogo, cuyo provocador título, *¿Pudo Melilla ser Bilbao?*, da muchas pistas de por qué una compañía con seis décadas de vida y que proporcionó pingües beneficios no dejó nada. No dejó nada, porque aunque el Rif, como se justifica en el Capítulo VII, disponía de minas tan buenas como las del norte de España y de una compañía minera equivalente a la dos mejores de la Península Ibérica, nunca el objetivo del CMER fue ser el primer

eslabón de una industria siderurgia integrada como la del País Vasco. Realmente, este epílogo va más allá. Éste se suma a unas conclusiones en las que queda claro que toda la actividad y gestión de la CEMER estuvo dirigida a un único propósito: el de que sus accionistas se embolsaran unos dividendos astronómicos, sin importar que para ello se tuviera que “sangrar” a sus trabajadores, al protectorado en Marruecos y a España entera.

Ante estos hechos, el libro que aquí reseñamos tiene varias lecturas.

En primer lugar existe un debate histórico sobre el Protectorado en relación a si la colonización en Marruecos fue, como se suele expresar, una *aventura* o un *negocio*. En el libro queda claro que para algunos miembros de la oligarquía española, e incluso se apunta para el Rey Alfonso XIII, el Rif fue un negocio, antes que una aventura. Sin embargo, a pesar de que el libro pone el foco en el negocio, en él parece apuntarse más la hipótesis de un “matrimonio de conveniencia” en el que pesaron tanto los intereses de la nación como la codicia de algunos.

En segundo lugar el libro plantea otro debate; éste más histórico-económico, que versa sobre las características de los oligarcas españoles que emprendieron la empresa colonial del CEMR. Leyendo el relato que nos hace Díaz Morlán, se llega a la conclusión de que éstos ni individualmente fueron los auténticos empresarios schumpeterianos creativos e innovadores, que barrunto Pablo Díaz Morlán admira, ni colectivamente, como clase, tuvieron el papel de las burguesías nacionales en la Europa, cuya histórica función social fue destinar parte de los beneficios obtenidos con su actividad al desarrollo nacional.

En el libro este debate sobre la función de los empresarios españoles, al menos los de la restauración, es implícito. Creo que allí está, pues así yo lo he leído e interpretado. Sin embargo, aunque se intuya como un debate que guía la escritura del autor, apenas emerge. Al principio del libro (pp. 21-22) aparecen retazos de esa discusión metodológica, y en páginas posteriores, se cita a Joseph A. Schumpeter con una peculiar referencia cronológica, en la que se informa al lector o lectora que Schumpeter escribió esas frases “dos años antes de que se produjera el desastre de Annual”. Todo ello lleva a pensar que Pablo Díaz Morlán, antes de escribir este libro –y así lo atestiguan trabajos suyos anteriores- ya había reflexionado sobre qué tipo de empresarios tuvimos en España.

A la luz de los hechos que detalla el libro, la respuesta a ello es –y perdonen la expresión- muy deprimente. Y, no hay duda sobre los hechos que detalla el libro. Éstos están bien fundados en fuentes primarias depositadas en los archivos, entre los que, como el propio autor destaca, se cuentan por su importancia el Archivo del Palacio Real, el Archivo General de la Administración y el fondo del Conde Romanones.

El desánimo que una siente al leer el libro, es el que aquí apuntaría como tercer nivel de lectura de este libro. Leer en el siglo XXI el relato sobre la vida y las vicisitudes de la CEMR, en un momento tan complicado como el presente, no se sabe si tranquiliza, por pensar que parte de lo que hoy ocurre sigue la misma tendencia de lo que ha ocurrido en España en el último siglo y medio, o bien genera un desasosiego enorme, por pensar que quiénes pudieron invertir en el desarrollo de la economía nacional, sólo pensaron en sí mismos –y, cuidado eso incluye fortunas catalanas como las de los Güell, con la bendición de consejeros empresariales vascos como los Ybarra o los Martínez Riva. Como genera desazón, pensar que las instituciones que debían cuidar para que ello no ocurriera, el gobierno y la monarquía, estuvieron ocupados por personas que, también, velaron antes por su propio interés que por el general.

Es cierto que el libro no hace la generalización que en esta reseña nos atrevemos a imaginar. De hecho, al epilogar el libro con la pregunta de si Melilla pudo ser como Bilbao, Pablo Díaz Morlán singulariza el hecho de la CEMR. Coincido en que éste no se puede generalizar, especialmente, porque las minas de hierro que esta compañía explotó estaban en ultramar, en el Rif. Ello, convirtió, económicamente, a Melilla en un enclave: una región con actividad económica que se limitó a extraer el mineral de hierro de Uixan, en la que sólo se construyeron las infraestructuras

de transporte y portuarias necesarias para la evacuación del mineral y en la que ni se generaron efectos de arrastre en la economía local ni se reinvirtieron los beneficios logrados.

Desde este punto de vista es evidente que Melilla y Bilbao fueron la noche y el día de la industrialización del país, pero al leer el libro, y viendo la situación en la que hoy en día se encuentra España, me he preguntado si el caso de Melilla no podría ser extrapolable al de otros casos y lugares de la Península. Salvo, claro está, porque en el caso del Protectorado, se añadió un aspecto menos presente en el resto de España: la continua permeabilidad y connivencia, desde 1909 hasta el Alzamiento nacional de julio de 1936, entre los militares y/o el Ejército y aquellos que efectuaron sus negocios en Marruecos.

El relato de todo ello en el libro, aunque formalmente sea cronológico, temáticamente se puede dividir en dos partes. Una primera que abarca desde el primer capítulo hasta el sexto; y una segunda que engloba los capítulos restantes, desde el séptimo hasta al decimosegundo. Capítulos que van seguidos de la conclusión y el epílogo.

Desde mi punto de vista, la primera parte es más un relato de historia colonial que de historia económica. En ella se ilustran fundamentalmente dos cuestiones: la connivencia, durante la Restauración, de la clase política y, más que de ellos, del gobierno de la nación y de la monarquía, con la oligarquía económica, que llevó a que, desde 1909, se considerara la *aventura* de Marruecos –y sus continuas tragedias bélicas, desde 1909 hasta el inicio de la Guerra Civil en escenario Africano- como resultado de la voluntad de hacer negocio de unos pocos y, en segundo lugar, el secundario papel de España y de sus empresarios en el reparto territorial del Norte de África y en las alianzas empresariales europeas en el primer tercio del Siglo XX, que hizo que un negocio que se inició en 1907, no estuviera plenamente asentado hasta los 1930s.

Para el desarrollo de la tesis del libro, considero que esta primera parte es, en el conjunto de libro, excesivamente larga y detallista, pues desde mi lectura de economista, seis capítulos son excesivos para enmarcar lo que para mí es el gran activo del libro: la descripción documentada de la historia empresarial del CEMR que constituye la segunda parte del libro (capítulos del VII al XII).

No es fácil encontrar el tono para un libro para un público amplio, que versa sobre algo específico y cuya principal fuente de información son fuentes documentales, jugosas y detalladas que se refieren a nombres de personas o acontecimientos históricos que se mencionan como si el lector o lectora ya los conociera –como sucede al citar reiteradamente la “tragedia del Annual” sin mencionar nunca qué ocurrió-. Lo mismo sucede con algunos personajes históricos como el Rogui o protagonistas de la historia analizada como Alejandro Gandarias o los “famosos hermanos Mannesmann”, que sólo son conocidos para alguien muy avezado en la historia de los avatares de la siderurgia europea del primer tercio del siglo XX.

La segunda parte del libro, ofrece un detallado y documentado informe de la actividad y la gestión de la CEMR. En él, con los datos en la mano, se constata cómo esta compañía, por el egoísmo de sus propietarios y la connivencia de políticos, militares y la Iglesia (aunque fuera alguna de sus órdenes), se constituyó para obtener el máximo beneficio gracias a la muerte de miles de personas en estériles conflictos bélicos; y gracias a la explotación de los recursos naturales del Rif de los trabajadores de la Península y locales; a estos últimos, un poco más, si cabe. Desde este último punto de vista, el de la explotación de las personas, recomiendo especialmente la lectura del capítulo IX, “Vivir en la mina, pertenecer a la empresa”. Como economista aprecio mucho en esta segunda parte ver cómo los archivos empresariales e informaciones tan poco emocionantes como memorias de juntas de accionistas, correspondencia empresarial, balances y otros datos

económicos, nos ayudan a contextualizar mejor determinados hechos históricos. Creo que este es el principal objetivo de Pablo Díaz Morlán al escribir este libro: buscar evidencias para contrastar, matizar e interpelar a la narrativa histórica establecida sobre la aventura de Marruecos.

En relación a ello, el libro, además de las fuentes primarias y archivísticas utilizadas, hace un buen y respetuoso uso de las fuentes secundarias y autores consultados o de los que este libro es continuación. En definitiva es un libro bien documentado y con un contenido interesante y, se podría decir, de rabiosa actualidad, ya que en él queda patente que los antecedentes de mucho de lo que ocurre hoy en día, ya se daba en la España de principios del siglo XX, constituyendo un eslabón sobre el que pensar la historia económica de España del siglo pasado.